

CHAMBORD

La sala de los guardas, en el castillo de Chambord

ESCENA PRIMERA

EL DUQUE DE BELLAGUARDA, rico traje de corte con bordados y encajes. Al cuello el cordón de la orden del Espíritu Santo; en la capa la placa de la misma orden.
EL MARQUÉS DE NANGIS, gran luto y seguido siempre de su pelotón de guardas.

(Ambos atraviesan por el fondo de la sala.)

EL DUQUE DE BELLAGUARDA

¿Condenado?

EL MARQUÉS DE NANGIS

¡Condenado!

EL DUQUE DE BELLAGUARDA

Bueno. Pero el rey puede indultarle. Es un derecho de su corona y un deber de su raza. Estad tranquilo; de corazón como de nombre es hijo de Enrique IV.

EL MARQUÉS DE NANGIS

Del que yo fui compañero.

EL DUQUE DE BELLAGUARDA

¡Vive Dios! Algunos justillos, y no de seda, hemos

destrozado juntos luchando por el padre. Creedme, marqués, dirigios al hijo, mostradle vuestros cabellos blancos, y por toda razón decidle sin ambages: ¡*Ventre Saint-Gris!* Y que Richelieu os deshaga el argumento. Pero, ante todo, ocultaos.

(Se abre una puerta lateral.)

El rey vendrá en seguida; y, hablándoos con franqueza, el traje que vestís haría reír á nuestros cortesanos de hoy.

EL MARQUÉS DE NANGIS

¡Reir de mi luto!

EL DUQUE DE BELLAGUARDA

Rien de todo esos muñecos. Entrad ahí, camarada. Cuando el rey venga trataré de disponerle contra el cardenal, y á una señal que os haga con el pie en la puerta, entraréis vos.

EL MARQUÉS DE NANGIS, estrechándole la mano

¡Dios os lo premie!

EL DUQUE DE BELLAGUARDA, á un mosquetero que se pasea por delante de una puertecita dorada

¡Eh, señor de Navaille! ¿Qué hace el rey?

MOSQUETERO

Su majestad trabaja...

(bajando la voz)

con un hombre vestido de negro.

EL DUQUE DE BELLAGUARDA

¡Apostaría que firma una sentencia de muerte!

(Al viejo marqués, estrechándole la mano.)

¡Valor!

(Lo introduce en la vecina galería.)

Mientras esperáis que os avise, contemplad esas pinturas, que son del Primaticio.

(Salen los dos. Entra MARIÓN, vestida de negro, por la gran puerta del fondo, que da sobre la escalera.)

ESCENA SEGUNDA

MARIÓN y LOS GUARDAS

EL ALABARDERO, que está de guardia, á MARIÓN

No hay paso, señora.

MARIÓN, avanzando

Creí...

ALABARDERO, cortándole el paso con la alabarda tendida

No hay paso.

MARIÓN, desdeñosa

¡En palacio y contra una dama empuñáis las armas! Aquí sobra miedo.

MOSQUETERO, riendo, al alabardero

¡Vuelve por otra!

MARIÓN, con voz segura

Señor mío, es necesario que vea al instante al duque de Bellaguarda.

ALABARDERO, bajando el arma

¡Vaya por los viejos galantes!

MOSQUETERO

Entrad, señora.

(MARIÓN entra y avanza con paso seguro.)

ALABARDERO, aparte y mirándola con el rabillo del ojo

¡Claro! El buen duque no es tan viejo como parece. Pero en otros tiempos el rey le habría encarcelado por dar citas en palacio.

MOSQUETERO, haciendo al alabardero signos que se calle

Silencio, abren la puerta.

(Se abre la puertecita dorada. Sale M. de LAFFEMAS llevando en la mano un pergamino del que, sujeto por cordones de seda, cuelga un sello de cera roja.)

ESCENA TERCERA
MARIÓN y LAFFEMAS

(Gesto de sorpresa en ambos. MARIÓN se aparta con horror.)

LAFFEMAS, marchando lentamente hacia MARIÓN

¿Qué hacéis vos aquí?

MARIÓN

¿Y vos?

LAFFEMAS, presentándole el pergamino para que lo lea
Firmado por el rey.

MARIÓN, después de una rápida ojeada

¡Dios mío!

LAFFEMAS, al oído

¿Queréis?

(MARIÓN se estremece y le mira á la cara. Él clava sus ojos en los de MARIÓN y añade, bajando la voz:)

¿Quieres?

MARIÓN, rechazándole

¡Serpiente, déjame!

LAFFEMAS, irguiéndose amenazador

¿No queréis, pues?

MARIÓN

¿Piensas que te temo? El rey puede indultar, y el
que reina es el rey.

LAFFEMAS

Ensayad; probad la buena voluntad del rey.

(Le vuelve la espalda, y luego vuelve y le dice:)

Pero temblad el día en que sea yo el que no quiera.

(Sale. Entra el DUQUE DE BELLAGUARDA.)

ESCENA CUARTA

MARIÓN y EL DUQUE DE BELLAGUARDA

MARIÓN, yendo al duque

Señor duque, aquí sois vos el capitán.

EL DUQUE DE BELLAGUARDA

¡Cómo! ¿Sois vos, encantadora?

(Saludando.)

¿Qué se os ofrece, mi reina?

MARIÓN

Quiero ver al rey.

EL DUQUE DE BELLAGUARDA

¿Cuándo?

MARIÓN

Ahora mismo.

EL DUQUE DE BELLAGUARDA

¡Caramba! El plazo es corto. ¿Por qué?

MARIÓN

Por... muchas cosas.

EL DUQUE DE BELLAGUARDA, riendo

¡Nada, hacédele venir al rey! ¡Sois deliciosa!

MARIÓN

¿Es una negativa?

EL DUQUE DE BELLAGUARDA

Estoy á vuestras órdenes. ¿Cuándo nos hemos negado algo el uno al otro?

MARIÓN

Perfectamente, monseñor; pero ¿podré hablar al rey?

EL DUQUE DE BELLAGUARDA

Hablad por ahora con el duque. Yo os empeño mi palabra de que veréis al rey, á no tardar, cuando pase. Entretanto, charlemos. ¿Qué hay, Marión? ¿Se tiene juicio? Pero ¿vestís de negro? Parecéis una dama de honor. ¡Vos, tan fastuosa y alegre en otros tiempos!

MARIÓN

Se acabaron mis alegrías, monseñor.

EL DUQUE DE BELLAGUARDA

¡Pardiez! Creo que llora. ¡Vos!

MARIÓN, enjugándose los ojos, con voz segura

Señor duque, necesito hablar inmediatamente al rey.

EL DUQUE DE BELLAGUARDA

Pero ¿por qué? ¿En qué sentido?

MARIÓN

Por...

EL DUQUE DE BELLAGUARDA

¿Es contra el cardenal?

MARIÓN

Sí, duque.

EL DUQUE DE BELLAGUARDA, abriéndole la misma puerta que antes
ha abierto á NANGIS

Entrad aquí. Pongo á todos los descontentos en
esta galería. No salgáis antes de mi señal, os lo suplico.

(MARIÓN entra. El duque vuelve á cerrar la puerta.)

Ya estaba dispuesto á intentar por el marqués tan
arriesgado golpe. Sin mayor esfuerzo trabajaré por
los dos.

(Poco á poco la sala se llena de cortesanos que hablan entre ellos.
BELLAGUARDA va de uno á otro. Entra L'ANGELY.)

ESCENA QUINTA

LOS CORTESANOS

BELLAGUARDA, al DUQUE DE BELPRADO

Buenos días, duque.

EL DUQUE DE BELPRADO

Buenos días, duque.

BELLAGUARDA

¿Qué se dice?

BELPRADO

Se habla de un nuevo cardenal.

BELLAGUARDA

¿Quién, el arzobispo de Arlés?

BELPRADO

No, el obispo de Autún. Por lo menos, todo el
mundo cree que ha logrado el capelo cardenalicio.

EL ABATE GONDI

Le corresponde de derecho. Él es quien mandaba
la artillería en el sitio de la Rochela.

BELLAGUARDA

¡Vamos!

L'ANGELY

Apruebo á la Santa Sede. Cuando los cánones no bastan para hacer cardenales, se utilizan los cañones.

EL ABATE GONDI, riendo

¡Este loco de L'Angely!

L'ANGELY, saludando

Monseñor conoce mi nombre y mi apellido.

(Entra LAFFEMAS. Todos los cortesanos le rodean y se empujan por acercarse á él. El DUQUE DE BELLAGUARDA les observa con disgusto.)

BELLAGUARDA, á L'ANGELY

¿Quién es este hombre, bufón?

L'ANGELY

¿Este á quien todos ponen buena cara?

BELLAGUARDA

Sí. No le había visto nunca en palacio. ¿Es de la servidumbre del señor de Orleáns?

L'ANGELY

No le acogerían tan bien.

BELLAGUARDA

¡Qué aires de grande de España!

L'ANGELY, en voz baja

Es el señor de Laffemas, intendente de campo y lugarteniente criminal.

BELLAGUARDA

¡Lugarteniente del infierno! ¿Ese á quien llaman el verdugo del cardenal?

L'ANGELY

Sí.

BELLAGUARDA

¡Y eso viene á la corte!

L'ANGELY

¿Por qué no? Una fiera más en la colección. ¿Queréis que os lo presente?

BELLAGUARDA, con altivez

¡Bufón!...

L'ANGELY

Si yo fuera gran señor, le guardaría ciertas consideraciones. Procurad contaros entre sus amigos. Mirad, todos le adulan. Si no le dais la mano, podría tomaros la cabeza.

(Va en busca de LAFFEMAS y lo presenta al duque, que se inclina de muy mala gana.)

LAFFEMAS, saludando

Señor duque...

BELLAGUARDA, saludando

Encantado, señor...

(Aparte.)

¡Vive Dios! ¿Dónde hemos ido á parar, señor de Richelieu?

(LAFFEMAS se aleja.)

EL VIZCONDE DE RUÁN, ahogándose de risa en el fondo de la sala entre un grupo de cortesanos

¡Admirable!

L'ANGELY

¿Qué?

VIZCONDE DE RUÁN

¡Marión está allí, en la galería!

L'ANGELY

¿Marión?

VIZCONDE DE RUÁN

Acabo de hacer esta frase: ¡Marión visitando á Luis el Casto!

L'ANGELY

Verdaderamente habéis estado ingenioso.

BELLAGUARDA, al CONDE DE CHARNACÉ

¿Qué hay, gran cazador? ¿Se cobra mucho?

EL CONDE DE CHARNACÉ

Nada. Ayer tuve una falsa alarma. Los lobos habían devorado á tres campesinos. De momento creí que íbamos á tener lobos en Chambord. Pero ¡ca! He recorrido el bosque en todas direcciones y no hay rastro de ellos.

(A L'ANGELY.)

Loco; ¿sabes nuevas alegres?

L'ANGELY

No sé nada. ¡Ah, sí! Mañana ahorcan á dos hombres por un desafío.

EL ABATE GONDI

¡Bah! ¡Por tan poca cosa!

(Se abre la puertecita dorada.)

UN PORTERO

El rey.

(Entra el rey. Vestido de negro, pálido, los ojos bajos, con la orden del Espíritu Santo en el justillo y en la capa. Sombrero en la cabeza. Todos los cortesanos se descubren y forman en dos filas silenciosamente. Los guardas bajan sus lanzas y presentan los mosquetes.)

ESCENA SEXTA

Los precedentes y EL REY

(El rey entra á pasos lentos; atraviesa, sin levantar la cabeza, la turba de cortesanos, y luego, deteniéndose, queda algunos instantes pensativo y silencioso. Los cortesanos se retiran al fondo de la sala.)

EL REY

Todo va de mal en peor... ¡Todo!

(A los cortesanos, con un movimiento de cabeza.)

¡Dios os guarde, señores!

(Se sienta en un gran sillón y suspira profundamente.)

¡Ah!... ¡Qué mal he dormido, señor de Bellaguarda!

BELLAGUARDA, avanzando con tres profundas reverencias
Señor, ¿cómo queréis dormir en estos tiempos?

EL REY, vivamente

¿Verdad? El Estado corre al abismo precipitadamente.

BELLAGUARDA

No temáis, lo conduce una mano fuerte y poderosa.

EL REY

Es verdad; dura es la carga del cardenal-duque.

BELLAGUARDA

Señor...

EL REY

Cierto que debería librar de ella sus hombros, viejos ya. Pero yo ya tengo bastante con vivir sin reinar.

BELLAGUARDA

Señor, el cardenal no es viejo todavía...

EL REY

Francamente, duque—aquí no nos escucha nadie—, ¿qué pensáis de él?

BELLAGUARDA

¿De quién, señor?

EL REY

De él.

BELLAGUARDA

¿De Su Eminencia?

EL REY

Sí.

BELLAGUARDA

Mi vista, desvanecida, puede fijarse apenas...

EL REY

¿Esa es vuestra sinceridad? Por de pronto, aquí no hay eminencias,
(mirando en torno)

porque no hay espías. Habladme. El rey quiere vuestra opinión sincera acerca del cardenal.

BELLAGUARDA

¡Cómo! ¿Completamente sincera, señor?

EL REY

Completamente.

BELLAGUARDA

Pues bien... ¡Es un gran hombre!

EL REY

¿Verdad que, si fuera necesario, iríais á contarle todo á Roma? Bien lo veis, el Estado agoniza entre él que lo hace todo y yo que no soy nadie.

BELLAGUARDA

¡Oh!...

EL REY

¿Que no lo hace todo él, las guerras, la paz, la hacienda, los Estados? ¿Que no hace los edictos, mandamientos y pragmáticas? Él ha disuelto traidoramente la liga católica; él ha ofendido á la casa de Austria, que me quiere bien, á la que pertenece la reina.

BELLAGUARDA

Os deja, á cambio, el Louvre para que lo convirtáis en criadero de conejos. Ya os hace vuestra parte.

EL REY

Intriga con Dinamarca.

BELLAGUARDA

Pero os deja que taséis la plata á los joyeros.

EL REY, cuya ira crece

Hace la guerra á Roma...

BELLAGUARDA

Os permitió firmar sólo el edicto en que prohibíais que un burgués, por hambre que tuviera, gastara en la taberna más de un escudo.

EL REY

Sin contar los tratados que concluye en secreto.

BELLAGUARDA

Y vuestras citas para cazar en la Planchette, ¿no os permite hacerlas sin inmiscuirse?

EL REY

Él solo lo hace todo. A él se dirigen los requisito-rios y peticiones. Yo soy una sombra para mis súbditos. ¿Hay un francés siquiera que se dirija á mí para manifestarme sus deseos?

BELLAGUARDA

¿Queréis que os digan que les curéis de infarto?

(La cólera del rey va en aumento.)

EL REY

Quiere dar mi orden al señor de Lyon, su hermano. ¡Ah, pero me rebelo, ya no aguanto más!

BELLAGUARDA

Pero...

EL REY

Odio; me han hecho odiar á todos los suyos.

BELLAGUARDA

¡Señor, la envidia!...

EL REY

Su sobrina, la Combalet, lleva una vida ejemplar.

BELLAGUARDA

¡Señor, la maledicencia!...

EL REY

Tiene doscientos guardas de á pie.

BELLAGUARDA

Pero no tiene más que cien de á caballo.

EL REY

¡Es vergonzoso!

BELLAGUARDA

Pero salva la Francia.

EL REY

¿Sí? ¡Pero pierde mi alma! Con una mano hace la guerra á nuestros herejes y con la otra propone un pacto á los hugonotes suecos.

(En voz baja, al oído del duque.)

Luego... ¡Si me atreviera á contar las cabezas que ha hecho rodar en la horca! ¡Y todas de amigos míos! Su púrpura está hecha de gotas de sangre. Gracias á él, visto de luto siempre.

BELLAGUARDA

¿Trata mejor á los suyos? ¿Perdona á los de Saint-Preuil?

EL REY

Si para los que ama tiene amarga la ternura, os confieso que me ama ardientemente.

(Con brusquedad, después de un silencio, cruzando sus brazos.)

¡Ha desterrado á mi madre!

BELLAGUARDA

Considerad, señor, que él cree siempre hacer las cosas á gusto vuestro. Es fiel, seguro, abnegado...

EL REY

¡Lo odio! Me molesta, me oprime. No soy libre ni dueño de mí, yo que tal vez soy alguien. A fuerza de pasarme por encima, ¿no teme despertar al rey que duerme en mí? Porque á mi lado, por grande que parezca, su fortuna vacila siempre y todo rodaría, si diciendo una sola palabra, lo que yo quiero en voz baja, lo quisiera en voz alta.

(Un silencio.)

Él hace lo bueno malo, y lo malo peor. El Estado, enfermo como el rey, empeora cada día. ¡Y el cardenal dentro, y el cardenal fuera, nunca el rey! Clava sus dientes en Austria, deja mis bajeles á la merced de los piratas en el golfo de Gascuña, me comprometo con Gustavo Adolfo. ¡Qué sé yo! Es, por todas partes, como el alma del rey, que llena mi reino y mi familia y á mí mismo. ¡Ah! ¡Soy digno de lástima!

(Yendo á la ventana.)

¡Bueno! ¡Y lloviendo siempre!

BELLAGUARDA

¿De modo que Vuestra Majestad sufre mucho?

EL REY

Me aburro.

(Un silencio.)

¡Yo, el primero de Francia, ser menos que el último!
 ¡Cambiaría mi suerte por la de un cazador furtivo!
 ¡Oh, cazar todo el día, libre como el aire, no tener nada que fastidie y dormir bajo los árboles! ¡Reirse de los soldados del rey! ¡Cantar entre los relámpagos! El pechero, por lo menos, es rey en su rincón. Pero tener siempre á la vista ese hombre rojo, tenerlo siempre al lado, diciéndome, grave y duro: «Señor, es preciso que queráis esto.» ¡Oh, bufo pasatiempo! Como se hace con los niños, ese hombre me esconde bajo sus ropas, y cuando alguien pasa y dice: «¿Qué es lo que veo debajo del cardenal?» Se le responde: «¡Es el rey!» Además, nuevas listas cada día: ayer de hugonotes, hoy de espadachines; quiere sus cabezas. ¡Valiente crimen, un duelo! Pero quiere sus cabezas. ¿Qué ha de hacer con ellas?

(BELLAGUARDA da con el pie en la puerta. Entran el MARQUÉS DE NANGIS y MARIÓN.)

ESCENA SÉPTIMA

Los mismos, MARIÓN y EL MARQUÉS DE NANGIS

(El MARQUÉS DE NANGIS se avanza con su séquito á algunos pasos del rey y clava una rodilla en tierra. MARIÓN cae de rodillas al lado de la puerta.)

EL MARQUÉS DE NANGIS

¡Justicia!

EL REY

¿Contra quién?

EL MARQUÉS DE NANGIS

Contra un tirano siniestro, contra un tal Armando, que llamáis aquí el cardenal ministro.

MARIÓN

¡Gracia!

EL REY

¿Para quién?

MARIÓN

Para Didier.

EL MARQUÉS DE NANGIS

Para el marqués Gaspar de Saverny.